

La paz en el evangelio*

Xavier Alegre,
Facultad de Teología de Cataluña, Barcelona.
Centro de Reflexión Teológica, San Salvador.

*El Evangelio de la Paz
es una guerra a muerte
por la Vida.*

*Y me llama Tu paz como un abismo
mientras cruzo las sombras, guerrillero
del Mundo, de la Iglesia y de mí mismo.*

Pedro Casaldáliga

Introducción

La paz ha sido siempre, y sigue siendo hoy, el gran anhelo de toda la humanidad y de las religiones, pues nada resulta tan terrible y tan inhumano como la guerra. Hoy tenemos conciencia de que, desgraciadamente, la guerra ha sido el gran flagelo que recorre como un hilo conductor toda la historia de la humanidad. A este anhelo de paz ha contribuido la conciencia de que las dos guerras mundiales del siglo XX fueron devastadoras. Y la convicción, un poco ingenua, de que los hombres nos íbamos humanizando. Más aún, con la caída del imperio soviético, algunos llegaron a creer que las guerras podían pasar definitivamente a la historia.

Por eso, cuando Estados Unidos y la coalición de países aliados amenazó a Irak con la guerra, millones de personas se manifestaron, en todo el mundo para

* Este artículo es la reelaboración de una ponencia tenida el 11 de mayo, en San Salvador, en la Asamblea Regional (México - Centroamérica) de superiores y superiores mayores.

pedir la paz, convencidas —como así ha sido— de que esta guerra sólo iba a traer más males al mundo. La Iglesia, sensible a este problema, convirtió desde hace años el día 1 de enero en el día en que pide por la paz mundial. Pero, desgraciadamente, la guerra sigue haciendo sufrir a nuestro mundo, en el siglo XXI. Recordemos los conflictos armados recientes en Centroamérica, y ahora, al margen de lo que sucede en Irak o Afganistán, basta que miremos lo que está ocurriendo, desde hace décadas, en África, para que nos convenzamos de la urgencia del trabajo por la paz.

Ante este hecho, es obvio que la Iglesia no puede mostrarse indiferente. Cualquier encuentro de reflexión cristiana que quiera responder a lo que nos exigen los signos de los tiempos, tal como nos pedía el concilio Vaticano II, ha de tener muy en cuenta este anhelo de paz, que se ha convertido en un auténtico clamor de toda la humanidad. De lo contrario, corre el riesgo de perder la sintonía con el mundo que quiere evangelizar, y de olvidar algo que está en el origen del pueblo de Dios y, por tanto, de la Iglesia, algo que es esencial a la fe: el clamor de los oprimidos que llega hasta Dios (*cf.* Ex 3, 7-10).

Dada, pues, la importancia que tiene el tema de la guerra y de la paz para la humanidad creyente, podemos suponer, de entrada, que la paz va a ser uno de los temas más importantes en la Biblia —por lo menos en el Antiguo Testamento—, que reflexiona sobre las lecciones que Dios quiere que saquemos de la historia humana, a la luz de su revelación, a lo largo de la historia del pueblo de Israel. Con todo, la pregunta que nos podemos hacer es si también en el Nuevo Testamento la paz juega un papel tan importante como en el Antiguo Testamento. Y si respondemos afirmativamente, tendremos que clarificar en qué sentido el Nuevo Testamento habla de la paz.

A modo de tesis afirmaré, de entrada, y espero poder mostrarlo en este artículo, que *la paz es uno de los temas más significativos del Nuevo Testamento*¹. En principio, se trata de un hecho que podría parecer sorprendente, si se comprendiera la paz simplemente en el sentido moderno, occidental, como un esfuerzo por resolver de modo pacífico los conflictos a fin de prevenir y evitar la guerra, pues las comunidades del Nuevo Testamento son pequeñas en número y poco significativas en el marco sociológico de su mundo. Poco, pues, podían influir, aparentemente, en la gran historia de su tiempo. Pero, como vamos a ver, el concepto de paz del Nuevo Testamento es mucho más amplio y profundo. Y, por ello, es muy significativo para todo cristiano que quiera encarnar su fe, en el mundo que le ha tocado vivir.

1. *Eirênê*, en el conjunto de los escritos atribuidos a Pablo, aparece 43 veces (6 veces en la carta a los Efesios). El verbo "pacificar" (*eireneuô*) aparece sólo 3 veces, siempre en las cartas auténticas de Pablo.

Y, a la vez, también podremos constatar hasta qué punto la *paz* que propugna el Nuevo Testamento puede resultar *conflictiva* —lo cual no es un contrasentido, como veremos más adelante— para los poderes de este mundo, que no comparten el proyecto de Jesús, el reinado de Dios. El proyecto evangélico de Jesús, en efecto, busca ante todo el bien de todo ser humano como expresión máxima de lo que Dios quiere de la humanidad (cfr. Mc 3, 1-6). En este supuesto, propugna una solidaridad universal, un bien universal, que implica que toda persona pueda vivir con dignidad, libremente, sin distinción de religión, género, raza o status social (cfr. Ga 3, 28). Pero, obviamente, un proyecto de estas dimensiones entra en conflicto con los intereses de los individuos, los poderes y las estructuras que han convertido el poder, el dinero, etc., en un ídolo, al cual sacrifican todo lo demás, incluidas las personas humanas. El proyecto evangélico, por tanto, provoca, inevitablemente, el conflicto con el imperio de turno, cuya injusticia denuncia tan claramente un libro como el Apocalipsis, a propósito del imperio romano (cfr. Ap 6, 9-11; 10-11; 13).

Evidentemente, el Nuevo Testamento no busca provocar el conflicto sin más, pero sabe que resulta inevitable, cuando se opta por los valores del Evangelio (cfr. Ap 10-13); sobre todo si denuncia que el dinero no se puede convertir en ídolo, al cual hay que supeditar todo, como parece predicar la globalización neoliberal, que configura los parámetros económicos y sociales de nuestro mundo. En esto Jesús fue muy tajante: “No se puede servir a Dios y al Dinero” (Lc 16, 13). Resulta obvio, por tanto, que en una sociedad como la nuestra, marcada por un sistema neoliberal egoísta y una consecuyente globalización, que excluye a las mayorías empobrecidas de nuestro mundo, optar por estas mayorías, optar por los pobres², en terminología evangélica, y denunciar la injusticia, que provoca tantos sufrimientos innecesarios, no puede dejar indiferente al sistema dominante, que es injusto.

Por eso, este sistema combate a los profetas, que se han convertido en “voz de los sin voz”, como lo hizo Mons. Romero, en seguimiento fiel de Jesús de Nazaret. En este supuesto, los defensores de los pobres son acusados de agitadores, de perturbadores del orden público, de “comunistas”, como señalaba ya don Helder Camara, cuando decía: “Si doy de comer a los pobres, me llaman santo. Pero si pregunto por qué no pueden comer los pobres, me llaman comunista”.

Esta íntima relación entre la paz y la justicia, no se cansó de subrayarla Mons. Romero, en sus homilías. A modo de ejemplo, veamos una cita.

2. Sobre este aspecto, cfr. el artículo de J. M. Vigil, “La opción por los pobres es opción por la justicia y no es preferencial”, *Revista Latinoamericana de Teología* 63 (2004) 255-266, condensado en *Selecciones de Teología* 44 (2005) 148-154.

Por eso, hermanos, el “no a la violencia” tiene que estar cimentado sobre los fundamentos de justicia. En Medellín, los obispos de América Latina —aprobados por este mismo Papa— dijeron que la paz en el continente no será posible mientras no se construya un orden más justo, que la paz no es ausencia de guerra, la paz no es miedo de represión, la paz no es equilibrio de dos poderes que se tienen pavor. La paz es el fruto de la justicia, la paz será flor de un amor y de una justicia en el ambiente. Sí a la paz —dice el Papa—, sí a Dios, sí —diríamos nosotros— a la justicia, sí al amor, sí a la comprensión de todos los salvadoreños. Sólo así tendremos esa afirmación neta de la paz³.

Si algo aparece en la Biblia con toda claridad es que Jesús y los profetas denunciaron la “paz” que se basa en la injusticia y en la muerte de innumerables víctimas. Por eso, tanto los profetas como Jesús denuncian esa paz como falsa, mentirosa. Es mentirosa cuando denuncia la violencia de los débiles, pero no ve su propia violencia, que engendra, como reacción, la de los pobres y excluidos⁴.

Y, a la vez que denuncian la falsa paz, los profetas anuncian, como don de Dios, una paz auténtica basada en la justicia y la fraternidad, una paz que será obra del Mesías:

No juzgará por las apariencias ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el sople de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos (Is 11, 3b-5).

Es, pues, una paz de gran alcance, que no sólo alcanzará a todos los hombres, sino también a toda la creación.

Serán vecinos el lobo y el cordero, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán a sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víspera el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar (Is 11, 6-9; *cfr.* Is 2, 2-5; 9, 1-6).

3. Homilía del 6 de enero de 1978, citada en *Homilias O. A. Romero*, San Salvador, UCA-Editores, 2005, Tomo II, p. 191.

4. “He aquí precisamente lo que la Iglesia señala, en todo nuestro continente: los terrorismos, los brotes de violencia, la Iglesia no los puede aprobar; pero sí, no puede tampoco reprobarlos sin un análisis profundo de dónde proceden. Mientras una violencia institucionalizada, privilegiada, trate de reprimir las aspiraciones justas de un sector, siempre estarán las semillas de la violencia entre nosotros. Por eso,

1. La paz en el Antiguo Testamento

Para poder comprender la paz en el Nuevo Testamento hay que verla en el contexto del Antiguo Testamento, lo cual desarrollaré brevemente. Es obvio, pero vale la pena recordarlo para ubicar adecuadamente lo que el Nuevo Testamento dice sobre la paz y evitar espiritualizar de forma indebida su mensaje.

El Antiguo Testamento es el marco interpretativo, el contexto natural, del Nuevo Testamento, que posibilita comprender en profundidad qué es lo que quieren comunicar los textos del Nuevo Testamento que hablan de la paz⁵. Por eso, vamos a interpretar sus textos desde el trasfondo del Antiguo Testamento. Como vamos a ver, este trasfondo hebreo, concretado en la palabra *shalom*, que quiere expresar la totalidad íntegra del bienestar, tanto objetivo como subjetivo, es muy importante, porque da una mayor riqueza al concepto de paz, que no se encontraba en la palabra griega *eirênê*, la cual, al comienzo, significaba sólo la ausencia de guerra; ni en la latina *pax*, que pone más su acento en la confianza que brota de unos acuerdos estipulados⁶.

1.1. La paz en la Biblia es más que ausencia de guerra

Como es obvio, la paz es, ante todo, ausencia de guerra y violencia, pues ambas cosas se contraponen al ser de Dios y a su proyecto creador. Por eso, por ejemplo, Dios no le permite a David edificarle un templo: porque sus manos están manchadas de sangre (cfr. 1Cr 22, 8). Sí lo podrá edificar, en cambio, su hijo, Salomón, que será, por don de Dios, hombre de paz:

Mira que te va a nacer un hijo, quien será hombre de paz; le concederé paz con todos sus enemigos en derredor, porque Salomón será su nombre⁷ y en sus días concederé paz y tranquilidad a Israel (1Cr 22, 9).

Pero la paz es, sobre todo, plenitud de salud, de bienestar objetivo y subjetivo, de felicidad terrestre. En el fondo, es la suma de todos los bienes que anhela el ser humano.

mientras no se haga efectivo un nuevo modo de vivir, no tendremos paz ni unidad ni comunión entre los salvadoreños" (Homilía del 19 de febrero de 1978, *op. cit.*, Tomo II, p. 279).

5. No olvidemos que un *texto* fuera de su *contexto* se convierte con facilidad en *pretexto*.
6. Cfr. P. Rosano; G. Ravasi; A. Girlanda (eds.), *Nuevo diccionario de Teología bíblica*, Madrid, 1990, pp. 1419-1420.
7. El nombre se deriva de la palabra *Ŝalom*, paz. El libro presenta una imagen idealizada de Salomón para que pueda servir de punto de referencia a la comunidad israelita.

Para el Antiguo Testamento, la paz así entendida no se puede lograr sólo con el propio esfuerzo. El ser humano, como dirá más tarde Pablo, que estaba profundamente imbuido del espíritu del Antiguo Testamento, nace en un mundo cuyos falsos valores lo incitan a oponerse al proyecto, a la voluntad de Dios. El ser humano es "pecador" (cfr. Rm 1, 18 - 3, 20) y, por ello, dejado a sus solas fuerzas humanas, es incapaz de salir del círculo vicioso, en el cual lo ha encerrado su egoísmo, su pecado. Esta lección es la que sacaron los teólogos deuteronomistas de su reflexión sobre la historia de Israel, lo que llevó al pueblo de Dios, que fue infiel continuamente a la Alianza, al exilio de Babilonia. Sólo la intervención continua de Dios, fruto de su amor gratuito por Israel y de su fidelidad a la Alianza, posibilita que el pueblo de Dios pueda gozar de una paz auténtica. En ese sentido, la paz es, por esencia, fruto de la bendición de Dios.

Dichosos los que temen a Yahvé, los que van por sus caminos. Del trabajo de tus manos comerás, ¡dichoso tú, que todo te irá bien! Tu esposa será como parra fecunda en el secreto de tu casa. Tus hijos, como brotes de olivo en torno a tu mesa. Así será bendito el hombre que teme a Yahvé.

¡Bendígale Yahvé desde Sión, que veas en ventura a Jerusalén todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos! ¡Paz a Israel! (Sal 128).

Mientras los impíos no pueden gozar de paz auténtica (cfr. Is 48, 22; 37, 10), "los humildes poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz" (Sal 37, 11), "porque Yahvé ama lo que es justo y no abandona a sus amigos" (Sal 37, 28).

Por eso, en el mundo bíblico, cuando uno se despide de alguien, se le desea la paz (cfr. Ex 4, 18; Jue 18, 6; 1Sam 1, 17). Por eso, también, el deseo de todo buen israelita es ser sepultado "en paz" (cfr. Gn 15, 15; 2Re 22, 20), porque ello implica que la bendición y protección de Dios lo han acompañado hasta el final de sus días.

1.2. La paz es, ante todo, un don de Dios, que se convierte en tarea para el pueblo

Es lo que anuncia Jeremías a los deportados en Babilonia, después de recomendarles que procuren adaptarse a sus nuevas circunstancias, edificando casas, engendrando hijos y procurando, incluso, el bien de la ciudad a la cual han sido deportados, pues el bien de dicha ciudad será también su propio bien. Jeremías hace esta recomendación para contrarrestar lo que proclaman los falsos profetas, quienes anuncian un regreso cercano (cfr. Jer 29, 4-8). Pero como el exilio ha sido la consecuencia del pecado de Israel, el regreso a la tierra prometida, tal como se lo ha revelado Dios a Jeremías, sólo puede ser don de Dios, que quiere la paz auténtica para su pueblo.

Pues así dice Yahvé: al filo de cumplírsele a Babilonia setenta años, yo les visitaré y confirmaré entre ustedes mi favorable promesa de volverles a este

lugar; que bien me sé los pensamientos que pienso sobre ustedes —oráculo de Yahvé— pensamientos de paz, y no de desgracia, de darles un porvenir de esperanza (Jer 29, 10-11; *cf.* 29, 12ss).

La paz, por tanto, será una vez más la experiencia del Dios liberador, quien ve la opresión de su pueblo, conoce sus sufrimientos, escucha su clamor y baja a liberarlo (*cf.* Ex 3, 7-8). En este sentido, y tal como muestra el texto de Jeremías 31, 31-34, reinterpretado por Ezequiel 36, 26-28, sólo una acción gratuita de Dios capacitará al pueblo para poder cumplir su voluntad. Será una acción creadora (*cf.* Ez 37), quitará del pueblo su corazón de piedra y le dará un corazón de carne, un Espíritu nuevo, porque le perdonará su pecado. Será la Nueva Alianza que Cristo selló con su sangre en la cruz (*cf.* 1Cor 11, 23-27).

En este contexto, la experiencia de la paz, que brota del don de justicia que Dios da a su pueblo, implica también una tarea para el pueblo. Pues los dones del Dios liberador a su pueblo nunca son privilegios, ni méritos de éste (*cf.* Dt 7, 6-8; también 1Cor 1, 26-31; Mt 24, 14-30). Son dones gratuitos que Dios da para que el pueblo de Dios se pueda convertir en instrumento liberador y en luz para todos los pueblos de la tierra, “en reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex 19, 6; *cf.* Ap 1, 6) para Yahvé.

Esto aparece muy claro en textos como Deuteronomio 26 (*cf.* también Dt 15; Lv 25). En este capítulo, Moisés, al ver que morirá antes de entrar en la tierra prometida, manda al pueblo que, cuando obtenga la primera cosecha en ella, debe recordar y confesar ante el sacerdote, a modo de “credo” (*cf.* Dt 26, 5-10), cómo Dios, por amor gratuito, lo liberó de la opresión de Egipto y le dio la tierra prometida. Este don gratuito de la liberación y de la posesión de la tierra exige de Israel, como respuesta a la alianza que el pueblo selló con Dios, en el Sinaí, cuando Éste lo liberó de la esclavitud en Egipto (*cf.* Ex 24), que la primera cosecha sea compartida con los pobres del país: la viuda, el huérfano, el extranjero y el levita, que no posee ninguna tierra (*cf.* Dt 26, 10b-11). Ello ha de ser para el pueblo (*cf.* Dt 26, 12-13) un recordatorio perpetuo de que Dios no quiere que en él haya pobres (*cf.* Dt 15, 4), un ideal que, según Lucas, sí logró realizar la primera Iglesia cristiana, la comunidad de Jerusalén, porque supo compartirlo todo (*cf.* Hch 2, 42-47; 4, 32-35).

1.3. No hay paz auténtica sin justicia

Ahora ya podemos comprender por qué el Antiguo Testamento sostiene que no puede haber paz auténtica sin justicia. Lo canta el salmista cuando afirma: “la justicia y la paz se abrazan” (Sal 85, 11.12.14); y es fundamental para la concepción veterotestamentaria de la paz. Por eso, como en la concepción bíblica no puede haber paz auténtica sin justicia, Jeremías anuncia la guerra a Israel (*cf.* Jer 19), pues ha desoído la palabra de Dios. Israel no ha cumplido con lo que Dios esperaba de su pueblo en la alianza, es decir, no ha hecho justicia al pobre,

a la viuda y al emigrante, ha preferido los ídolos del dinero o del poder al Dios verdadero y ha derramado sangre inocente (*cf.* Jer 19, 4-5). El profeta denuncia también (*cf.* Jer 6) a los falsos profetas que anuncian a la ligera "paz, paz, cuando no había paz" (Jer 6, 14). Y ello es así "porque desde el más chiquito de ellos hasta el más grande, todos andan buscando su provecho, y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el fraude" (Jer 6, 13).

En la misma línea teológica, Miqueas denuncia a los falsos profetas que anuncian la paz —una falsa paz—, a quienes les dan dádivas para poderlos comprar (*cf.* Miq 3, 5-7). En cambio, un verdadero profeta, como Miqueas, se distingue, precisamente, por ser la conciencia crítica de su pueblo. Por eso, denuncia su injusticia, su pecado (*cf.* Miq 3, 8). Y le anuncia la destrucción, porque confía, sin fundamento, en la presencia del templo, sin tener en cuenta que el mal que hacen sus jefes, sacerdotes y falsos profetas volverá ineficaz el culto y convertirá a Jerusalén en un montón de ruinas (*cf.* Mi 3, 9-12).

En todo caso, es convicción profunda de los profetas que no puede haber paz auténtica, si no reina la justicia, en el pueblo de Dios.

El producto de la justicia será la paz; el fruto de la equidad, una seguridad perpetua. Y habitará mi pueblo en albergue de paz, en moradas seguras y en posadas tranquilas (Is 32, 17-18; *cf.* Am 5, 14).

A pesar de todo, el Antiguo Testamento experimentó el fracaso del pueblo de Dios, en su intento por cumplir la Alianza. De hecho, la historia que narra la Biblia muestra que, en contra del proyecto de Dios, el pueblo de Israel no se ha convertido en luz para todos los pueblos de la tierra, que era lo que Dios le había prometido a Abraham, cuando le pidió que saliera de su tierra y confiara en el proyecto que Dios le proponía (*cf.* Gn 12, 1-3; también Mt 5, 13-16).

¿Ha fracasado, por lo tanto, Dios en su proyecto? Es importante que tomemos conciencia de que no fue así, y que el Antiguo Testamento termina con una esperanza de paz auténtica (*cf.* Is 60-62) como don de Dios. Esta será la aportación sobre todo de profetas como el segundo y el tercer Isaías. Lo concretaré en una promesa esperanzadora, que Dios hace a su pueblo, a través del tercer Isaías.

Te pondré como gobernantes la Paz, y por gobierno la Justicia. No se oírás más hablar de violencia en tu tierra, ni de despojo o quebranto en tus fronteras, antes llamarás a tus murallas "Salvación" y a tus puertas "Alabanza" (Is 60, 17b-18).

1.4. Ante el fracaso de Israel, Dios anuncia un Príncipe de paz, que instaurará la justicia

Este anuncio de que, gracias a la actuación liberadora de Dios, al pueblo elegido le espera un futuro esperanzador, me parece muy importante. El fracaso del pueblo de Dios no puede ser la última palabra de Dios sobre la historia,

porque Dios es fiel a sus promesas, como recuerda Pablo: "los dones y la vocación de Dios son irrevocables" (Rm 11, 29; *cf.* Is 55, 8-13; Rom 9, 6). Y su amor, que es siempre gratuito, va más allá de lo que los seres humanos merecen (*cf.* 1Jn 4, 10)⁸.

Por eso, ante el fracaso continuo de Israel y para poder realizar sus planes salvíficos, Dios anuncia, a través de sus profetas, cada vez más claramente, la venida de un "mesías", que realizará con plenitud el proyecto salvador de Dios e inaugurará la nueva humanidad. Será, obviamente, un Ungido del Dios liberador, que salvará al pobre y al oprimido (*cf.* Is 61, 1-2). Como señala el Salmo 72, él cumplirá, finalmente, el ideal de lo que el pueblo esperaba de su rey, cuando le pedía a Dios el día de su subida al trono.

Oh Dios, da al rey tu juicio, al hijo del rey tu justicia: que con justicia gobierne a tu pueblo, con equidad a los humildes. Traigan los montes paz al pueblo y justicia los collados. Él hará justicia a los humildes del pueblo, salvará a los hijos de los pobres, y aplastará al opresor. Durará tanto como el sol, como la luna de edad en edad; caerá como la lluvia en el retoño, como el rocío que humedece la tierra. En sus días florecerá la justicia, y dilatada paz hasta que no haya luna (Sal 72, 1-7).

Y eso será así, "porque él librará al pobre suplicante, al desdichado y al que nadie ampara; se apiadará del débil y del pobre, el alma de los pobres salvará. De la opresión, de la violencia, rescatará su alma, su sangre será preciosa ante sus ojos" (Sal 72, 12-14).

En este contexto, aparece con toda claridad que la paz, en el Antiguo Testamento, es fruto de una vida entregada a cumplir la voluntad de Dios, a cumplir la alianza. Es el regalo que Dios hace al justo (*cf.* Sal 119, 164-168).

La paz auténtica, por tanto, se da cuando Dios reina realmente en medio del pueblo de Dios. Es lo que anuncia el segundo Isaías en 52, 7.

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios".

Y en los profetas más recientes va adquiriendo, cada vez más, una dimensión universal, que aparece muy claramente en el profeta Zacarías, cuando profetiza lo que Mateo 21, 4-5 verá realizado, en la entrada gloriosa de Jesús en Jerusalén.

¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. Él suprimirá los cuernos de Efraím y los caballos de

8. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados".

Jerusalén; será suprimido el arco de combate y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra (Zac 9, 9-10).

Ésta es la Buena Noticia que los sinópticos ven realizada en Jesús (*cf.* Mc 1, 14-15; Lc 11, 20). Por eso, la paz que proclama el Nuevo Testamento debe ser vista en este contexto veterotestamentario.

Sorprendentemente para la "lógica de este mundo", esta paz, fruto de la justicia, no se logra por medio del poder político o de medios violentos. Más bien, se encarna en la fuerza "indefensa" del amor que, en el Antiguo Testamento, queda plasmada en la figura misteriosa del "siervo de Yahvé", y que el Nuevo Testamento verá encarnada en Jesús (*cf.* Is 42, 1-9 y 52, 13 - 53, 12 con Mt 8, 6-17 y 12, 15-21).

En resumen, para el Antiguo Testamento, lo esencial consiste en que, por parte del pueblo escogido por Dios, llegue a realizarse una "vida otra", alternativa⁹, para que pueda reinar eficazmente la paz con justicia aquí y ahora. Ello no excluye, que los libros más recientes del Antiguo Testamento también relacionen la paz con la plenitud de vida, "en la otra vida": "Las almas de los justos están en las manos de Dios... Ellos están en paz" (Sab 3, 1-3). Pero no es éste, como hemos visto, el aspecto en que más insiste el Antiguo Testamento.

2. La paz en el Nuevo Testamento

También en el Nuevo Testamento la paz es una realidad fundamental. En su concepto aparecen las dimensiones más importantes que ya están presentes en el Antiguo: es don de Dios, como buena realidad para los seres humanos, que éstos deben poner a producir. Pero esa paz queda especificada con matices propios, como veremos.

Digamos desde el principio que, en lo fundamental, la paz es don de Dios (fruto del Espíritu, dice Pablo en Ga 5, 22), aspecto muy importante, que se comprende mejor con la profunda reflexión de Pablo, en la carta a los Romanos.

El apóstol, al preguntarse por qué Cristo tuvo que morir en una cruz, reflexiona, primero, sobre la condición egoísta, pecadora, de toda la humanidad (*cf.* Rom 1, 18 - 3, 20). Es este pecado el que llevó a Cristo a la cruz, para cargar así, en lugar nuestro, y por puro amor gratuito (*cf.* Rom 5, 6-9), con las consecuencias negativas del pecado, que merecíamos nosotros (*cf.* Rom 3, 21-26; 5, 12-21). Así, nos liberó (*cf.* Rom 6-7) de la esclavitud del pecado, de la muerte y de la ley externa (que sólo podía condenarnos, pues aunque nos

9. Esto es, al fin al cabo, lo que pretendían los distintos códigos de leyes recogidos en el Pentateuco: propiciar la existencia de un pueblo que, en su misma legislación, proponía un modo alternativo de vivir, que defendía al pobre y al marginado.

indicaba bien cuál era la voluntad de Dios, no nos daba la fuerza para poder cumplirla) y nos dio el Espíritu que nos capacita ahora para “vivir una vida nueva” (cfr. Rom 6, 4). Esta vida nueva del cristiano consiste en que ahora vive en paz con Dios

En lo que insiste Pablo es en que ello ocurre porque el hombre ha sido justificado gratuitamente por Dios y reconciliado con él (cfr. Rom 5, 1.11). E insiste también en que esa paz no puede ser separada de la salvación total del ser humano: presupone la justicia como condición indispensable para que merezca realmente el nombre de paz. Pablo es muy explícito en este punto, cuando señala en Romanos 1, 18-32 que la idolatría no sólo es el cáncer que destruye las relaciones del ser humano con Dios, sino que corroe también las relaciones interhumanas¹⁰. Pues cuando se deja de reconocer y amar al Dios vivo y verdadero, muchas cosas finitas, limitadas, se convierten en ídolos esclavizantes. Y los ídolos exigen víctimas, sobre todo humanas¹¹. El ser humano se convierte, entonces, en un lobo para los demás.

Por eso, es tan importante el don de Dios, que nos libere de esa esclavitud, en la cual el pecado, el egoísmo humano, nos tiene encerrados. Pues el pecado nos atrapa tan profundamente que, sin una acción previa y gratuita de Dios, como san Pablo no se cansa de subrayar, nunca hubiéramos sido capaces de salir del círculo vicioso, en el cual los seres humanos nos habíamos encerrado.

Por ello, también en el Nuevo Testamento, como veremos, el don divino de la paz nos capacita para la tarea de ser instrumentos de Dios, en la realización de la paz, en este mundo. Así lo entiende ya el autor de la carta a los Hebreos cuando, al final, expresa este deseo a los destinatarios de la carta.

Y el Dios de la paz que *suscitó* de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran *Pastor de las ovejas en virtud de la sangre de una Alianza eterna*, les disponga con toda clase de bienes para cumplir su voluntad, realizando él en nosotros lo que es agradable a sus ojos, por mediación de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Heb 13, 20-21; cfr. también 2Te 3, 16).

2.1. La paz, buena noticia y don gratuito de Dios

Dada la relación tan íntima que hay entre la gracia y la paz, no es casual que la mayoría de las cartas del Nuevo Testamento empiecen con un saludo en el

10. Este punto lo he desarrollado en mi artículo “Los ídolos que deshumanizan al hombre (Rom 1,18-32)”, aparecido en mi libro: *Memoria subversiva y esperanza para los pueblos crucificados*, Madrid, 2003, pp. 151-170.

11. Este aspecto lo desarrolla bien J. Sobrino en *Compañeros de Jesús. El asesinato-martirio de los jesuitas salvadoreños*, Santander, 1989, sobre todo pp. 21ss.

que ambas cosas van unidas (*cf.* Rom 1, 7; 1Co 1, 1; 2Co 1, 2; Ga 1, 3; Ef 1, 2; Flp 1, 2; Col 1, 2; 1Te 1, 1; 2Te 1, 2; 1Tm 1, 2; 2Tm 1, 2; Tit 1, 4; Flm 3; 1Pe 1, 2; 2Pe 1, 2; 2Jn 1, 3; Jud 1, 2).

Pero, además de señalar que es un don de Dios, la relación de la paz con la justicia, que ya hemos encontrado en el Antiguo Testamento, aparece también claramente en la obra lucana¹². De hecho, la paz es expresión de la quintaesencia del proyecto de Dios con su pueblo. La paz va unida a sucesivas buenas noticias, tal como las perciben los primeros cristianos en su historia.

Cuando Pedro, con motivo de un hecho muy significativo para las primeras comunidades —la incorporación de los gentiles para que formen parte del pueblo de Dios—, quiere justificar por qué se va a dar este paso decisivo, en la historia de la Iglesia, comienza su discurso, citando a Isaías 52, 7 y Nahúm 2, 1:

Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, *anunciándoles la Buena Nueva de la paz* por medio de Jesucristo que es el Señor de todos (Hch 10, 34b-36).

Y Zacarías, padre de Juan Bautista, al inicio del relato de Lucas, proclamará que Dios se presenta en el mundo, como consecuencia de su misericordia, para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz (*cf.* Lc 1, 76-79).

Esta Buena Noticia de la paz, que Dios regala al mundo, por medio de Jesús, resuena específicamente en el canto de los ángeles, cuando éstos anuncian el nacimiento de Jesús a los pastores: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quien Él se complace" (Lc 2, 14).

Es una paz que, como también indican los ángeles, brota de un don de Dios, que viene a liberar al género humano por medio de su Hijo: "Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es Cristo, el Señor" (Lc 2, 10b-11).

Sorprendentemente para la lógica de este mundo, la promesa se cumple a través de un niño indefenso y pobre que se manifiesta envuelto en pañales y recostado en un pesebre (*cf.* Lc 2, 10-12). Un niño que, una vez adulto (*cf.* Lc 2, 34-35), morirá encarnando, asumiendo, el destino de esta figura misteriosa que ya hemos encontrado en el Antiguo Testamento, el siervo de Yahvé (*cf.* Is 52, 13 - 53, 12).

Notemos también que, en el contexto de Lucas, que muestra cómo el Nuevo Testamento es la plenitud del Antiguo, la paz adquiere aquí una *dimensión*

12. Lucas es el evangelista que más utiliza el vocablo *paz* (*eirênê*), que se encuentra 92 veces en el Nuevo Testamento (en Mateo, cuatro veces; en Marcos, una vez; en Juan, seis veces; en Lucas catorce veces).

universal, que supera los límites estrechos del pueblo de Israel, como se irá viendo a lo largo de la obra lucana (sobre todo en Hechos). Y esa universalidad del proyecto salvífico de Dios es un aspecto fundamental de la teología de Pablo. Dios ha querido entrelazar los destinos de los pueblos — simbolizados en él por el pueblo judío y los pueblos paganos — para que se vea que en el plan de Dios, todos los pueblos son hermanos (*cf.* Rom 11, 32) y que las diferencias entre los pueblos, las religiones o los sexos nunca pueden ser una causa que justifique la enemistad o la oposición entre ellos (*cf.* Ga 3, 28). Todo lo contrario. Si Dios reconcilió gratuitamente al mundo consigo, es para que así la Iglesia, representada por el apóstol, se convirtiera en el mundo, en instrumento de reconciliación universal (*cf.* 2Co 5, 17-21).

Es una paz que, como en el Antiguo Testamento, brota de un don de Dios, pues la salvación del pueblo se realiza, y de modo radical, a través del perdón de los pecados (*cf.* Mt 1, 21). En terminología paulina, se trata de la justificación previa y gratuita de los que formamos este mundo pecador. La paz, pues, es obra de la acción gratuita de Dios, por medio del amor sin límites, redentor (*cf.* Rm 3, 24), de su Hijo en la cruz (*cf.* Rm 3, 21-26), que nos capacita para poder responder, por la fe, a este amor gratuito, amando a los demás como a nosotros mismos (*cf.* Rm 13, 8-10). En la cruz, Dios estaba reconciliando consigo al mundo (*cf.* 1Co 5, 17-21). Y si nosotros hemos sido perdonados por el amor gratuito de Dios, eso comporta, como dirá Mateo, que también seamos capaces de perdonar, de reconciliarnos con los demás, dándoles una nueva oportunidad de vida (*cf.* Mt 18, 21-35).

Es, pues, desde esta experiencia del perdón gratuito que las víctimas podrán encontrar la fuerza para reconciliarse incluso con el verdugo que les haya hecho daño. No se trata de algo fácil, y por eso Jesús, en el Padrenuestro, nos enseña a rezar: “perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6, 12). Notemos de paso que aquí, en el Nuevo Testamento, se habla de *perdón* y no de *amnistía*. No se trata simplemente de ignorar lo que ha ocurrido, ocultando la verdad, y de otorgar un “perdón barato”, que no intente sanar la raíz del mal, que tanto daño produce en el mundo. Tampoco la gracia que Dios nos otorgó fue “una gracia barata” (D. Bonhoeffer), pues si Jesús tuvo que morir en una cruz es porque los seres humanos matamos y él quiso entregar su vida para superar con su amor la dinámica del odio que no permite que en la tierra reine una auténtica paz. El perdón, que sólo la víctima puede otorgar, implica, a su vez, el arrepentimiento del verdugo, que ha tomado conciencia de la gravedad de sus acciones y ha permitido que Dios lo reconciliara con Él y con los demás. Por eso, no puede ser, sin más, automático, como no es automática, según san Pablo, la reconciliación del pecador con Dios. Hay que dejarse reconciliar con Dios, aceptando que Él opere en nosotros la transformación radical de nuestras vidas. Por eso, Pablo, muy lúcido, no pide, sin más, a los

cristianos que vivan en paz con todo el mundo, sino que lo hagan, "en cuanto de ellos dependa", y que "intenten vencer el mal con el bien".

- Sin devolver a nadie mal por mal; *procurando el bien de todos los hombres*; en lo posible, y en cuanto de ustedes dependa, [vivan] en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta suya, queridos míos, dejen lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: *Mía es la venganza; yo daré el pago merecido*, dice el Señor. Antes al contrario: *si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber, haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza*. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien (Rom 12, 17-21; *cfr.* también Mc 9, 50).

Según Pablo, por lo tanto, la experiencia de la justificación gratuita, por parte de Dios, posibilita una vida cristiana plena, guiada por el Espíritu (*cfr.* Rm 8), que es prenda de lo que será la vida plena con Dios, como escribe Pablo, en Romanos 5, 1.

Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

Es importante que tomemos conciencia de que esta acción pacificadora, previa y gratuita, de Jesús es algo fundamental para comprender la paz en el Nuevo Testamento. Porque, en el plan de Dios,

Él es la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia. Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos (Col 1, 18-20).

Por eso un discípulo de Pablo proclamará, con gratitud, que Cristo es nuestra paz:

Porque él [Cristo] es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz, paz a ustedes que estaban lejos, y paz a los que estaban cerca¹³. Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu (Ef 2, 14-18)¹⁴.

13. Cita Is 57,19.

14. Sobre el concepto de paz en la carta a los Efesios puede verse V. Sisack, "Él es nuestra paz" (Ef 2, 14), *Revista Bíblica* 64 (2002) 205-215, que cita, entre otros, a

En este contexto, podemos comprender mejor las palabras que su discípulo pone en boca de Pablo, como resumen de lo que el apóstol se propuso en toda su vida apostólica, y como recomendación de lo que los cristianos deben realizar en su vida y en su mundo, como respuesta al amor infinito y gratuito de Jesús.

¡En pie!, pues; *ceñida su cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza*¹⁵, calzados los pies con *el Celo por el Evangelio de la paz*, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que puedan apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomen, también, *el yelmo de la salvación* y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión con el Espíritu velando juntos con la perseverancia e intercediendo por todos los santos, y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene (Ef 6, 14-20).

Ahora podemos comprender mejor por qué el Nuevo Testamento insiste en que la paz es un don de Dios, por medio de Jesucristo.

2.2. Jesucristo, el Príncipe de la paz

Como ya lo hemos mencionado, a propósito del Antiguo Testamento, el Nuevo confirma que Jesús no salvará a su pueblo con el poder de las armas, o con manifestaciones triunfalistas, sino desde la aparente debilidad de su amor, que lo llevará a morir, por amor, en una cruz. Esta aparente debilidad, este modo sencillo y pacífico de presentarse el mesías en el mundo, lo simboliza Lucas en los relatos de la infancia, cuando pone como signo para reconocer al mesías que los pastores lo encontrarán "envuelto en una faja y recostado en un pesebre" (Lc 2, 12). Para el tercer evangelista (*cf.* Lc 1, 78-79), Jesús es la concreción plástica de las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que visita a su pueblo para que podamos dirigir nuestros pasos por el camino de la paz, como proclama con gratitud Zacarías, al enterarse del nacimiento de su hijo Juan Bautista. Una paz que llena de júbilo a Simeón, cuando tiene el gozo de poder tomar al niño Jesús en sus brazos (*cf.* Lc 2, 29-32).

Por otro lado, llama también la atención quiénes son los destinatarios de la revelación de esta buena noticia. No los reyes, los sacerdotes o los ricos de este mundo, sino unos sencillos y pobres pastores, gente marginada en su mundo (*cf.* Lc 2, 8ss). De hecho, en el Evangelio los pobres, los sencillos, son los destinatarios privilegiados de la Buena Noticia (*cf.* Mt 11, 25-30 y Lc 10, 21-22; también 1Co 1, 26-31).

A. González Lamadrid, "Ipse est pax nostra. Estudio exegético-teológico de Ef 2,14-18", *Estudios Bíblicos* 28 (1969) 209-262; 29 (1970) 101-136; 227-266.

15. *Cfr.* Is 11, 5; 59, 17; Sab 5, 18.

Se trata, pues, de una paz, que brota de un don de Dios a los hombres que, enemistados con Dios y entre sí, eran incapaces de construir la paz. Esto lo comprende muy bien Pablo. Para él la paz —y es bueno que insistamos en ello, para que no caigamos en el fariseísmo que denuncia Lucas 18, 9-14— brota de la justificación gratuita, por parte de Dios, de los seres humanos (*cfr.* Rm 1, 16-17). Es el Dios, Padre misericordioso (*cfr.* Lc 15, 11-32), que en la muerte de Jesús en la cruz estaba reconciliando al mundo consigo mismo (*cfr.* 2Co 5, 17-21), revelando al máximo su amor gratuito, quien nos está posibilitando que seamos constructores de paz.

Se trata de una paz que, para Lucas, en los relatos en torno al nacimiento de Jesús, es como la expresión concreta de las promesas que Dios hizo a su pueblo, en el Antiguo Testamento. Es, pues, el gran don de Dios a la humanidad, el bien supremo que ella tanto anhela. Pues la paz en la tierra, que proclaman los ángeles, es consecuencia del amor que Dios tiene a la humanidad (*cfr.* Lc 2, 14).

Pero es una paz que, en un mundo injusto, como canta María, comportará un cambio radical de las estructuras de este mundo, pues derribará a los potentados de sus tronos y exaltará a los humildes (*cfr.* Lc 1, 51-53).

Por eso, porque la paz es, para Lucas, la plenitud de los bienes mesiánicos, prometidos ya por Dios en el Antiguo Testamento, cuando Jesús se presenta por primera vez hablando en su vida pública, pone programáticamente en su boca las palabras de Isaías 1-2.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y para proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 16-20).

En esta línea liberadora y de plenitud de vida Jesús, como enviado de Dios, otorga no sólo la curación, sino también su paz a las mujeres que sufren y acuden a él con fe, porque confían que las liberará de sus dolencias. Por eso, una vez han experimentado la curación, la salvación, Jesús las despide con las palabras: "Vete en paz, tu fe te ha salvado" (Lc 7, 50; 8, 48).

Esa plenitud, don de Dios, que es propia de la paz, según el Nuevo Testamento, es la que desea el resucitado a sus discípulos, cuando se les aparece resucitado (Lc 24, 36; Jn 20, 19.21.26). Y es también la que hace que Pablo, hacia el final de su carta, desee a la comunidad de Roma: "El Dios de la paz sea con todos ustedes. Amén" (Rom 15, 33). Es la paz, finalmente, que los misioneros cristianos desean a los lugares en los cuales quieren anunciar el Evangelio (*cfr.* Mt 10, 13 y Lc 10, 5b-6).

Pero precisamente, en estos dos últimos textos, se indica que la paz no es algo que se logra de una forma automática. Y ello es así, porque la paz implica la justicia, cosa que no todo el mundo está dispuesto a aceptar.

2.3. Una paz conflictiva

No nos debe sorprender, pues, en este contexto que, junto a estos textos sobre la paz, en los evangelios encontremos también otros que hablan de una "propuesta de paz que puede resultar conflictiva". Al fin y al cabo, el modelo del que trabaja por la paz en el Nuevo Testamento es Jesús. Y él murió clavado en una cruz, acusado de blasfemo y terrorista, por los poderes egoístas, injustos, de su mundo. Pues en muchas de sus parábolas aparecen unos valores que son claramente contraculturales, tanto en su mundo, como en el nuestro. A modo de ejemplo quiero citar sólo tres parábolas, que muestran valores alternativos para un nuevo orden mundial. Me refiero a la parábola del rey que perdona una gran deuda al siervo sin entrañas (*cf.* Mt 18, 21-35), a la de los obreros de la viña, que reciben el mismo salario, según hayan trabajado mucho o poco (*cf.* Mt 20, 1-16), y a la del padre del hijo pródigo, que trata a éste con una generosidad que rompe los moldes de nuestro modo de reaccionar, cuando se nos ha tratado mal (*cf.* Lc 15, 11-32). Se trata, pues, de un Jesús que, cuando invita a su seguimiento, advierte con lucidez a sus discípulos que dicho seguimiento pasará por la cruz, también para ellos (*cf.* Mc 8, 34 y par.).

Por eso, Lucas puede poner en boca de Jesús unas palabras que, fuera de este contexto, podrían resultar sorprendentes.

¿Creen que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, se lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos: tres contra dos, y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra (Lc 12, 51-53; *cf.* Mt 10, 34-36).

Es obvio que en un mundo que era —y sigue siendo— profundamente injusto, la predicación cristiana provocará la división, incluso dentro de la familia, pues no todos estarán dispuestos a aceptar el proyecto de paz con justicia, inherente a la predicación y vida de Jesús. Por eso, auténticos seguidores de Jesús, como al inicio los apóstoles y tantos mártires cristianos (*cf.* Ap 6, 9-11), y en nuestros tiempos, personas como Mons. Romero, sellaron con su sangre martirial su fidelidad al Cordero Degollado (*cf.* Ap 5, 6).

Como señala Jesús, según Mateo 11, 12, "Desde los días de Juan el bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron". Y así les fue a todos estos profetas, en un mundo injusto (*cf.* Mc 12, 1-12).

Por eso insiste Jesús, según Juan 14, 27 (*cf.* 16, 33), que la paz que él va a dar es una paz que el mundo no puede dar. Pero él sí nos la puede y quiere dar, si nos abrimos a su Espíritu que nos capacitará para cumplir el testamento de Jesús.

Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Que, como yo les he amado, así se amen también ustedes los unos a los otros. En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se aman los unos a los otros (Jn 13, 34-35).

Estos textos no tendrían por qué sorprendernos, sobre todo si los leemos a la luz del concepto y de la promesa de paz del Antiguo Testamento, ya que ésta es la paz que Jesús viene a realizar en plenitud. Pues la paz, como vimos, no es simplemente ausencia de guerra, de conflictos, o una armonía total. La paz es, más bien, plenitud de bienes, felicidad honda. Y eso no sólo para unas minorías privilegiadas, sino para toda la humanidad, objeto del amor gratuito de Dios. En este sentido, mientras no haya justicia, no se puede hablar de paz evangélica. Jesús no pretende una armonía engañosa, que oculte los sufrimientos de las mayorías empobrecidas, marginadas, excluidas de una globalización —diríamos hoy— que en vez de erradicar la pobreza (*cf.* Dt 15, 4), de acuerdo con el proyecto de Dios del Antiguo Testamento (*cf.* Dt 15; Lv 25), provoca más bien el aumento de la pobreza y de la exclusión.

En un mundo injusto —como era el de Jesús y sigue siendo el nuestro—, proclamar que con Jesús se ha acercado, se va haciendo presente el reino de Dios (*cf.* Mc 1, 14-15), no puede menos de resultar conflictivo para aquellos poderes, adoradores de los ídolos, en el fondo, que viven de la explotación cruel de los demás.

Por eso, *la paz*, además de ser un don, *es un reto*: lograr que todas las personas, que todos los pueblos de la tierra, puedan vivir en paz con justicia y gozar por lo menos del mínimo que permite a toda persona llevar una vida digna y feliz, dentro de lo que cabe en este mundo. Un reto que forma parte de la vocación más honda de la Iglesia, si quiere ser fiel a Jesús y seguirlo en su proyecto de vida.

Por eso Lucas, que es consciente de que la injusticia que reina en este mundo es el gran obstáculo para la paz, que vino a traernos Jesús, no se cansa de mostrar cómo el profeta Jesús insiste en denunciar a los ricos, que viven apegados a su dinero y no quieren compartir con los más pobres (*cf.* Lc 24-26; 12, 13-21.33-34; 14, 28-33; 16, 9-15.19-31; 18, 18-27). Para Lucas, el modelo de rico que logra la salvación es Zaqueo, porque devuelve con creces lo que ha quitado injustamente a los demás y da la mitad de sus bienes a los pobres (*cf.* Lc 19, 1-10).

Un reto, sin embargo, nada fácil, en un mundo marcado por una cultura egoísta, insolidaria, que ha creado una globalización que excluye a las mayorías empobrecidas de este mundo. Ni siquiera a la comunidad cristiana le resulta fácil vivir esta paz, con todo lo que comporta. Por eso, el autor de la carta a los Efesios, recordando que los cristianos somos miembros del cuerpo de Cristo (*cf.* Ef 4, 4-7) y la vocación cristiana que nos impulsa a soportarnos con amor (*cf.* Ef 4, 1-2), exhorta a sus cristianos a poner “empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4, 3).

Y, a la vez, *la paz expresa una esperanza*, esperanza de que el mal, la injusticia que se contraponen a una paz verdadera, será vencida. Es lo que espera Pablo cuando escribe a los Romanos: “El Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás bajo sus pies” (Rom 16, 20), pues sólo en el cielo nuevo y en la tierra nueva que está al llegar (*cf.* Ap 21) se realizará esta paz plena, sin llanto, ni luto, ni dolor, porque el primer mundo habrá pasado y Dios lo será todo en todos (*cf.* 1Co 15, 20-28).

3. Conclusión: la paz como tarea cristiana

Después de lo que acabamos de ver, podemos comprender mejor el sentido de la bienaventuranza de Mateo: “Dichosos los que trabajan por la paz, porque Dios los llamará sus hijos” (Mt 5, 9).

A lo largo de nuestro recorrido hemos visto, gracias al aporte del Antiguo Testamento, marco natural del Nuevo, que la paz, tal como la entiende este último, es mucho más que una simple “ausencia de guerra”. Es la plenitud de los bienes que el ser humano anhela. Por eso, a esa luz, hemos visto más claramente que la paz auténtica no es la de los cementerios, sino que es inseparable de la justicia, que posibilita a todo ser humano una vida digna.

Pero hemos visto también que la paz es, ante todo, en un mundo marcado por la injusticia, un don de Dios, que se ha de pedir, porque supera todo conocimiento (*cf.* Flp 4, 6-7). Pues sólo cuando la paz de Cristo reina en los corazones de los creyentes, como desea el autor de Colosenses (*cf.* Col 3,15), se convierte en un don dinámico, que vitaliza toda la vida del cristiano y lo libera para poder ser instrumento de reconciliación, en el mundo. Más aún, llega incluso a capacitarlo para amar a los enemigos, mostrando así que es perfecto como su padre del cielo (*cf.* Mt 5,43-48).

Notemos, pues, que construir la paz implica generosidad propia y un trabajo muy activo, como lo fue el de Jesús, a favor de la justicia. Pues para que pueda haber paz auténtica, reconciliación entre los grupos enfrentados, no hay que ocultar los conflictos o ignorar las injusticias y olvidarlas. Todo lo contrario. El perdón pasa por la recuperación de la memoria histórica para evitar que en el futuro injusticias semejantes, que impiden la paz auténtica, puedan volver a

darse. Por eso, los cristianos no se cansaron de recordar la cruz, junto con la resurrección. Pues ésta recordaba que gracias al poder de Dios, los verdugos no habían triunfado sobre la Víctima, sino todo lo contrario (*cf.* Jn 3, 24; 8, 28; 12, 32-33).

Mons. Romero, quien predicaba muy en sintonía con la Palabra de Dios, insiste también en este aspecto.

Hermanos, si de veras lo somos: ¡hermanos!, trabajemos por construir un amor y una paz —pero no una paz y un amor superficiales, de sentimientos, de apariencias—, sino un amor y una paz que tiene sus raíces profundas en la justicia. Sin justicia no hay amor verdadero, sin justicia no hay la verdadera paz. He aquí, pues, que si queremos seguir la vertiente del bien que nos hace solidarios con Cristo, tratemos de matar en el corazón los malos instintos que llevan a estas violencias y a estos crímenes y tratemos de sembrar en nuestro propio corazón, y en el corazón de todos aquellos con quienes compartimos la vida, el amor, la paz, pero una paz y un amor en la base de la justicia¹⁶.

Pero trabajar por la paz pasa también, entonces, por la capacidad de perdonar, de reconciliarse con el hermano, si éste quiere ser reconciliado. Más aún, como señala Pablo en 2Corintios 5, 17-21, el haber recibido gratuitamente la reconciliación convierte al apóstol —y, en cierto modo, a todo creyente— en ministro de la reconciliación, primero con Dios, pero, luego, con los demás.

Pero, como hemos visto también, y la carta a Santiago lo confirma, en el Nuevo Testamento se trata de una paz que, aunque brote del amor y la misericordia, va pareja con la justicia, para que pueda merecer realmente el nombre de paz. Pues el odio, la envidia y la injusticia provocan la violencia, la falta de paz auténtica.

Pues donde existen envidias y espíritu de contienda, allí hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía. Frutos de la justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz (Sant 3,16-18).

En el atardecer de la vida, decía san Juan de la Cruz, nos examinarán del amor. Y yo me atrevería a actualizar esta afirmación, siguiendo lo que nos indica la parábola del juicio final, en el evangelio de Mateo (*cf.* 25,31-46), diciendo: “nos examinarán del amor al pobre”. Porque, como observó muy bien Mons. Romero, “la gloria de Dios es que el pobre viva”, es decir, pueda vivir una vida digna y justa. Y mientras toleremos la lacra de la pobreza, que margina a las

16. Homilía exequial por Raúl Molina Cañas, 14 de noviembre de 1977, *op. cit.*, Tomo I, p. 465.

